

EL LEGADO MARTIRIAL EN LA ESTRUCTURACIÓN DE LA SOCIEDAD REPOBLADORA DE LAS ALPUJARRAS

MANUEL BARRIOS AGUILERA

Universidad de Granada

VALERIANO SÁNCHEZ RAMOS

Instituto de Estudios Almerienses

ADVERTENCIA PRELIMINAR

El texto de esta ponencia es básicamente la refundición de sendos trabajos anteriores de los autores, que a su vez vertebran respectivamente las dos partes en que se articula:

BARRIOS AGUILERA, M.: "Un ensayo de revisión historiográfica de los martirios de las Alpujarras de 1568", estudio introductorio de HITOS, F. A. (S. J.), *Mártires de la Alpujarra en la rebelión de los moriscos (1568)*, Granada, Universidad, 1993, pp. VII-LXV, y

BARRIOS AGUILERA, M. y SÁNCHEZ RAMOS, V.: "La herencia martirial. La formación de la sociedad repobladora en el Reino de Granada tras la guerra de las Alpujarras", en *Hispania* (en prensa)

Refundición no significa en modo alguno mera superposición, pues sería imposible dada la extensión de los trabajos originales. Se suprime el aparato crítico-erudito, expresado en muy cuantiosas y detalladas notas a pie de página, tal como corresponde a las exigencias de las investigaciones primarias, y se aligeran drásticamente las amplias citas textuales y las casuísticas que apoyan la argumentación, amén de algunas partes que se despegan del objeto específico de esta ponencia. Ni qué decir tiene que quien desee entrar en un conocimiento más amplio y casuístico de lo que en esta ponencia se expresa deberá recurrir a aquellos trabajos que la fundamentan, mucho más allá de la búsqueda de matices o afinamientos de perfiles conceptuales. Subyace, pues, en esta intervención gran diversidad de fuentes archivísticas, empezando por las *Actas martiriales de Ugíjar* (que se conservan en la Iglesia Parroquial de esta localidad), la principal y más copiosamente exployada, pero siguiendo por otras muy raramente atendidas, las conservadas en los pequeños archivos locales, sin olvidar, claro está, las de los mayores, especialmente, el Histórico Provincial de Almería (Sección de Protocolos), el de la Real Chancillería de Granada, los de la Curia de Almería y Granada, el de Simancas, etc.

Concluimos el texto de esta ponencia con una selección bibliográfica, una cuarentena de

títulos, en que se incluyen, dispuestos en rigurosa ordenación alfabética, unos pocos estudios básicos generales de la guerra de las Alpujarras y del contexto del secular enfrentamiento viejo cristiano/morisco junto a las más notables obras específicamente utilizadas como apoyaturas textuales o factuales del episodio martirial. Destacan en este último apartado las grandes crónicas e historias eclesiásticas o locales coetáneas o cercanas a los hechos, algunas de las cuales se han recuperado recientemente para fortuna del investigador o del curioso, mediante ediciones facsimilares generalmente o, excepcionalmente, en primera edición, como es el caso de la *Historia eclesiástica de Granada*, de Justino Antolínez de Burgos, que acaba de ver la luz en el cuarto centenario de la fundación del Sacromonte granadino. Se omiten, pues sería imposible su relación, las más modestas historias locales (¡tan difíciles de encontrar a veces!), escasamente significativas en la alta historiografía, pero portadoras de datos y noticias de interés.

Cabe decir, en fin, que esta ponencia es, un intento, a escala reducida —la que obliga la ocasión—, de asir la plural y riquísima temática que encierra el estudio de los martirios de 1568, en sus diversos planos, historiográfico, ideológico, empírico... y de establecer un principio de aprehensión de las relaciones dialécticas existentes entre ellos; un avance ensayístico de lo que será una obra mayor, ya en avanzado estado de preparación, que se nuclea en torno a la edición de las *Actas martiriales de Ugíjar*, corpus documental lleno de atractivos y de peligros, demandante de un acercamiento crítico y circunstanciado, rigurosamente académico.

PARTE PRIMERA: REVISIÓN HISTORIOGRÁFICA

I. La guerra de los moriscos

El largo enfrentamiento cristiano-musulmán en el antiguo Reino de Granada tiene su tiempo más llamativo en la denominada guerra de las Alpujarras (1568-1570). Su estudio sintetiza en forma elocuente la totalidad de los elementos de una sorda confrontación que formalmente se inicia con la conquista de los Reyes Católicos. No es, empero, la guerra en sí el último episodio de la época morisca granadina. Le sigue como corolario indisoluble la expulsión y dispersión por otras tierras de la Corona de Castilla y una copia de hechos, que aún pareciendo relativamente ajenos, son solidarios de aquél. Recuérdense la repoblación, que incluye necesariamente la valoración de las pervivencias de la civilización material morisca, o el intento de sincretismo religioso de los plomos del Sacromonte, etc. Ello, sin contar con que el estudio integral de los moriscos del Reino de Granada implica —a nuestro juicio, tal como hemos escrito en otro lugar— su seguimiento una vez transterrados y repartidos, primeramente en otros solares del amplio espacio castellano y luego fuera de los de la Monarquía hispana tras la definitiva expulsión de 1609-1614.

La existencia de crónicas de gran calidad ha podido ser la causa de que la investigación posterior haya prestado a la guerra una atención desproporcionadamente corta respecto de su verdadera importancia. Es bastante significativo el hecho de que las mejores obras generales sobre los moriscos del Reino de Granada se limiten a despachar la guerra con síntesis que apenas superan la conjugación de esas crónicas, las de Diego Hurtado de Mendoza, Ginés Pérez de Hita y Luis del Mármol Carvajal. Podría aducirse alguna excepción como la que representa

la obra de Nicolás Cabrillana, pero al fin y al cabo se circunscribe al antiguo obispado almeriense, lo que si bien no le resta la más mínima calidad paradigmática sí lo distancia de esa premisa de calidad espacial.

Por otra parte, y aun incurriendo en la obviedad, se ha de advertir que una cabal aprehensión de la guerra implica el estudio profundo y sistemático de las causas y consecuencias, no sólo las próximas. Más se ha avanzado en estos dos extensos y plurales campos en la investigación moderna que en el de la guerra misma. Hablar de *causas* es aludir a la copiosa y, en general, competente relación de trabajos monográficos que explican la difícil coexistencia de las comunidades viejo cristiana y morisca desde por lo menos los años de las conversiones masivas de 1500-1502, bien que en el balance temático se observe un abrumador énfasis en las cuestiones políticas y etno-religiosas, la corriente tradicionalmente imperante, y una preterición de temas socio-económicos básicos, apenas insinuados, salvo alguna excepción como la *Almería morisca* de Nicolás Cabrillana (y, muy recientemente, las aportaciones, en forma de artículos o participaciones congresuales, de J. Castillo, E. Soria, F. Andújar-M. Barrios...).

Hablar de *consecuencias* es aludir a un mundo temático en que junto a cuestiones tan intrínsecamente ligadas a la guerra propiamente dicha como la expulsión, se alinean temas que la investigación reciente ha privilegiado. La repoblación ordenada por Felipe II ha producido en los últimos años un número tal de monografías, que en alguna manera han quedado oscurecidos los progresos auténticos del conocimiento de este fenómeno histórico fundamental, que ahora parece entrar en vías de racional estudio (*vid.* M. Barrios Aguilera, "El nuevo horizonte de las investigaciones sobre la segunda repoblación en el Reino de Granada", que abre el colectivo *Hombre y territorio...*, *cit. infra*). Por su parte, la expulsión y la dispersión de los moriscos por los reinos de la Corona de Castilla, que preceden cronológicamente a la repoblación, ha experimentado un cierto impulso reciente, sobre todo la segunda cuestión, una vez que a partir de los datos generales de B. Vincent, se ha afianzado la práctica de estudios microrregionales de las diversas comunidades moriscas nacidas o revitalizadas en tierras castellanas a la llegada de los moriscos granadinos (M. García Arenal, J. Aranda Doncel, J. Fernández Nieva, S. de Tapia, J. F. Jiménez Alcázar, J. M. Prieto Bernabé...).

Algún otro tema, menos obviamente integrable en las consecuencias de la guerra, como el de los plomos sacromontanos, ejemplo elocuente de una desesperada voluntad de supervivencia religiosa por unos moriscos asimilados pero de conciencia dividida, ha merecido la atención reiterada de competentes historiadores, que si bien no han agotado su estudio lo han profundizado de forma decisiva (trabajos de D. Cabanelas, M. J. Hagerty, C. Alonso, J. Caro Baroja).

Por el contrario, los temas más específicamente propios e intrínsecos a la guerra, los que implican directamente los hechos bélicos son paradójicamente los más desatendidos. El tema de los monjes no conoce variaciones sustanciales desde que B. Vincent lo abordara globalmente en un artículo en 1974, aunque no falten ciertas aportaciones localizadas que han añadido datos casuísticos. El gravísimo tema de la esclavitud permanece estancado (aunque pequeñas monografías recientes apunten en el mejor sentido: A. Martín, F. Andújar) en los trabajos de hace más de una década de N. Cabrillana, que no se referían a la totalidad del Reino; la fuerza del ejemplo por la rotundidad de su apoyo documental abundante y nada convencional le confirieron un

alcance muy superior al que le correspondía por su limitación al ámbito estrictamente almeriense, pues difícilmente se ampliará la magnitud del drama superponiendo casos de las otras provincias. Quedan por tratar (aunque también aquí son promisorias las luces que empieza a traer, como avance de mayores empresas, V. Sánchez Ramos) cuestiones como los bandos y su composición, prosopografías de los jefes militares cristianos y los cabecillas moriscos, estructura y evolución de los ejércitos, el papel de las cuadrillas, etc.

En un contexto como el insinuado ha de situarse el tema de los martirios de la Navidad de 1568, nuestro empeño de esta ocasión.

II. Los martirios de 1568, un recorrido historiográfico

El tema de los martirios de 1568 ha sido tratado por extenso en varias ocasiones a la vez que menudean las alusiones en numerosas obras. Se está lejos, no obstante, de un planteamiento amplio, riguroso y distanciado que lo devuelva al contexto problemático en que los martirios se produjeron. Los glosadores han visto los hechos desde dos perspectivas igualmente poco creíbles: la *apologética*, de clérigos interesados en la vindicación de sus gracias para la Iglesia de Cristo, y la *acrítica*, de los eruditos locales, obsesionados en dorar los blasones de los lugares en que los mártires vivieron o que regaron con su sangre. Dos caras de una misma moneda, en que sólo importa magnificar el heroísmo y la fe sin desmayo de quienes protagonizaron aquellos hechos y la crueldad y el odio ciego de los ejecutores, enemigos de la fe cristiana.

En las síntesis modernas de la guerra, el más explícito es Julio Caro Baroja, que en su brevedad hace una excepcional demostración de cómo deben leerse las fuentes impresas y de su probada agudeza de juicio. Distingue cuatro categorías de actos:

- 1.ª) Martirio y tormento de los cristianos que no renegaban de su fe.
- 2.ª) Destrucción sistemática de los lugares consagrados al culto.
- 3.ª) Ensañamiento con objetos e imágenes relacionados con el mismo culto.
- 4.ª) Parodias y burlas de los ritos y creencias de los católicos.

Cuatro categorías ciertamente que, sin embargo, se producen en confusa mezcolanza pues comprenden a la vez a personas, imágenes y símbolos. Tiene razón Caro Baroja cuando afirma que son “expresión de un odio, no hacia los santos o el Dios (en que no se cree), sino hacia la sociedad que cree en ellos”. Observaciones todas que de una u otra manera iremos glosando al hilo de una lectura selectiva de tratadistas y cronistas o historiadores más o menos próximos. Selectiva porque el considerable número de los que se hicieron eco de estos hechos hace imposible otro recurso que no pase por la repetición o la banalización falsamente erudita. Por otra parte, los diversos planos de la lectura obligan a una selección doblemente cuidadosa.

Partamos de la nómina que inserta el arzobispo Diego Escolano en su famoso *Memorial* donde coexisten en informe promiscuidad cronistas detallados, como Mármol o Antolínez, con analistas o historiadores generales, como Gonzalo de Illescas o Colmenares, pasando por Spondanus, Fuenmayor, el padre Bleda, el abad Martín Carrillo, Martín de Ximena Jurado,

Bermúdez de Pedraza, Antonio de Herrera, Hurtado de Mendoza, el padre Francisco de Bilches, el maestro Alfonso Sánchez, Lorenzo Vander, fray Diego de Haedo, don Pedro González de Mendoza, Cabrera de Córdoba, Juan de Mariana... En muchos de ellos no espere encontrar el lector más que la referencia interesada de subido tono escatológico o servilmente apologético, que en el mejor de los casos puede contribuir a evocar el clima moral e ideológico en que se forjó el mito. Esta nómina de Escolano puede incrementarse sin esfuerzo en la medida en que se sumen las referencias particulares de esta orden religiosa o de aquel lugar tal como se demuestra con las que incorpora, por ejemplo, el padre Burón al estudiar los mártires agustinos de Huécija.

El libro moderno que con más empeño compendia la letra de los escritos generados por los martirios es el que en 1935 publicara el padre Francisco de Hitos, S. I., *Mártires de la Alpujarra en la rebelión de los Moriscos* (1568), que hemos glosado por extenso en otro lugar. Bastará en esta ocasión unas breves consideraciones sobre la obra, más que sobre el autor, que es ante todo una expresión palmaria de la firmeza y simpleza de la fe de éste, pero también del convencimiento de su función pedagógica. Dice en un pasaje:

“Ofrecemos al público la historia de los Mártires de la Alpujarra, en tiempo de la Rebelión de los moriscos. Y sale a la luz con tales circunstancias, que no me cabe duda lo quiere Dios así. Porque en esto satisfago a un vehemente deseo de muchos historiadores y prelados y de los mismos Mártires. Y aún podíamos también añadir al de todos los contemporáneos de los Mártires y sus descendientes, que en tanta veneración los tuvieron y tanto empeño desplegaron en transmitir a las generaciones posteriores, con sus declaraciones, la memoria de sus nombres y los pormenores de sus muertes”.

La concienzuda agrupación de la materia martirial —sacerdotes, varones, mujeres, niños y moriscas— es pretensión de superar el *Memorial* del arzobispo Escolano, en cuya onda ideológica y vindicativa se mueve más de dos siglos y medio después. No es mayor la base informativa de Hitos que la de Escolano. Es más, ni siquiera se molesta en incorporar a todas las autoridades que descubre Escolano, seguramente porque entiende que nada sustantivo pueden aportar a su relato. Hitos basa la eficacia de su compendio en tres razones:

- 1.^a) Una casi exhaustiva explotación de las fuentes básicas, que, lógicamente, empieza por el vaciado sistemático de las *Actas de Ugíjar*.
- 2.^a) Su agrupamiento de los martirios en una estructura que al hombre común resulte fácil y ejemplarizante a la vez, evitando la confusión y la prolijidad: sacerdotes (cap. IV) cristianos viejos (cap. V), cristianas viejas (cap. VI), niños (cap. VII), moriscas (cap. VIII), prodigios (cap. IX).
- 3.^a) El momento y las circunstancias socio-políticas en que se inscribe la publicación de libro.

Las dos primeras razones son explicadas por el autor de forma harto expresiva; la tercera requiere por nuestra parte alguna consideración. En principio, cuesta entender la ausencia de presentismo explícito —escollo que no sabrán sortear los torpes glosadores posteriores, empeñados en buscar paralelismos con los “mártires” de la guerra civil del 36— en una exposición

que por tantos conceptos invita a ello, tanto más cuando que el padre Hitos confiesa paladinamente que los historiadores “son como el eco de su época”. El capítulo titulado “Justicia de Dios” (XII) reviste visos de delirio, y aun sin apuntar explícitamente a las circunstancias de 1935, denuncia un fanatismo intolerante (“quien a hierro mata, a hierro muere”, llega a escribir, justificando la masacre vieja cristiana en la guerra), que hacen pensar que el padre Hitos (y sus *Mártires*) no eran sino el instrumento (voluntario y decidido) de ambiciones que estaban en el ambiente y con toda certeza en las mentes de sus superiores: “reevangelizar y recristianizar a las masas de campesinos contaminados por las ideas revolucionarias y la política del Primer Bienio republicano”, que tan activamente utilizaban “propagandistas políticos, sindicales y religiosos, junto a un buen número de organizaciones afines (Acción Católica, Acción Popular, Acción Obrera, Juventudes Católicas, etc.)”. Las palabras del profesor Mario López Martínez no pueden ser más significativas:

“Por su parte, en las campañas por las *Alpujarras* y el *Valle de Lecrín*, los diputados ‘populares’ expusieron, con una gran vaguedad, sus alternativas a la sociedad socialista: fraternidad entre las distintas clases de la producción, colaboración mutua, etc.; en unos tonos exageradamente paternalistas y demagógicos en los que no faltaban comparaciones tan peregrinas como la necesaria movilización de los alpujarreños en otra ‘Cruzada’ que conmemorase las gestas de los antepasados en su lucha contra las ‘rebeliones moriscas’, sólo que esta vez los enemigos serían: anarquistas, socialistas y republicanos”.

Es de todo punto evidente que el alegato martirial de Hitos encajaba a la perfección como instrumento para la consecución de unos objetivos muy bien definidos. Ignoramos hasta qué punto esta instrumentalización de su obra escapaba conscientemente a su autor. No nos parece casualidad, que en ese mismo año de 1935 se constituyera “un comité por Mártires de la Alpujarra, para trabajar por su canonización”, y en modo alguno podemos pensar que el padre Hitos fuera ajeno a este hecho, ni por su entusiasmo ni por sus vinculaciones personales. José Ángel Tapia, presbítero e historiador almeriense fallecido hace unos años, es poco dudosa fuente de información:

“El acto de presentación se tuvo en Ugíjar el seis de octubre de aquel año, fiesta de la Virgen del Martirio, con una misa de pontifical celebrada por el arzobispo don Agustín Parrado García, en la que predicó don Juan Cuenca Carmona; asistieron don Ramón Pérez, patriarca de las Indias, natural de un pueblo de las Alpujarras, y don Diego Ventaja Milán, obispo de Almería, natural de Ohanes, otro pueblo alpujarreño, que habló por la tarde en un acto público. Quizá presintiera que antes de un año él iba a morir también mártir en su sede episcopal”.

No será ocioso recordar que uno de los asistentes más importantes, don Ramón Pérez es el prologoísta del libro de Hitos, a quien familiarmente llama “Mi querido Antolín” y le reconoce afectuosamente haber hecho “muchas veces conmigo oficio de Ángel tutelar”, etc. El prólogo lleva fecha de noviembre de 1934.

Todo encaja en un clima muy específico; en una situación social y política que era caldo

de cultivo muy favorable para ese tipo de empresas evangélicas en que inequívocamente se inscribe el compendio de Hitos. Luego, concluida la guerra civil e instaurado el régimen nacional-católico, huelgan cierto tipo de desvelos y estímulos. La cuestión martirial queda olvidada, hasta que bastantes años después, instalada España en el tren del desarrollismo y la apertura, con su subsiguiente secuela de secularización social, unos clérigos celosos de la mirífica herencia, decidieron resucitarla. Así, “en el 1968 —cuenta el padre Tapia— unos sacerdotes granadinos y almerienses quisimos renovar el recuerdo de los mártires y no se nos hizo caso [...] Ni los obispos ni algunos sacerdotes, con otras perspectivas, estaban entonces para venerar mártires”. No extraña la contrariedad del erudito almeriense, convertido en el más decidido propagandista de los martirios alpujarreños posterior a Hitos. Son numerosísimas las páginas que ha dedicado en su copiosa obra, siempre, eso sí, lejos de cualquier tipo de matiz crítico, es decir, como glosador fiel de las *Actas de Ugíjar* y de los escritos de Antolínez, de Mármol y del propio padre Hitos, haciendo concurrir las dos líneas señaladas arriba, la apologética y la acrítica de los eruditos locales, que han encontrado en el clérigo almeriense un modelo a seguir.

Más no se crea que el tema ha sido archivado. Hay una suerte de clérigo ilustrado, historiador o antropólogo diletante, siempre presto a aprovechar la oportunidad de exhibir el episodio martirial como base de su acción recristianizadora, a través ahora de esa, tanta veces espúrea, vía denominada “cultura popular”. Pondremos un ejemplo atrapado al vuelo de una participación en una reunión de antropólogos y animadores de “Bandos de Moros y Cristianos”.

En 1976, un presbítero granadino, don José Linares Palma, recordaba cómo en el mismo año en que Hitos publicaba su libro y se producía la reunión relatada por el padre Tapia, “alguien quiso resucitar el recuerdo de los mártires alpujarreños e hizo circular una hoja volante”, cuyo contenido reproduce él en su parte más sustantiva y nosotros copiamos al pie de la letra:

“Si el Coliseo de Roma es visitado con veneración por los peregrinos que visitan Roma, porque allí murieron tantos mártires... ¿por qué no se ha de tener en igual veneración a aquella región de las Alpujarras y a todos los pueblos en cuyas calles y campos murieron por Cristo tres mil cristianos en la rebelión de los moriscos? Nuestra dignidad de cristianos, nuestro patriotismo y hasta la sangre de nuestras venas, que en muchos casos es la misma que circuló por las venas de los mártires, están pidiendo se perpetúe esta Fiesta de Moros y Cristianos y convertirla en alabanza de tan insignes hermanos”.

Al margen del abundamiento que este testimonio aporta a lo anteriormente dicho sobre las actividades de 1935, o sea, que todos los hechos apuntan a la existencia de un “programa cultural”, recristianizador, decíamos, interesa ahora señalar la identificación de Linares Palma con el contenido de esa “hoja volante”, cuarenta años después. Véase el entusiasmo, rayano en el delirio, con que describe la “Noche Sangrienta” de 24 de diciembre de 1568:

“Aquella noche las estribaciones meridionales de la Sierra Nevada habían formado en sus meridionales de la Sierra Nevada pendiente, como graderíos de un coliseo gigantesco, en el que se había escuchado el grito de los moriscos pidiendo el vértigo de la crueldad como el pueblo romano: ¡cristianos, a las fieras!”.

A la mañana siguiente la tierra se encontraba cubierta de un hermoso manto de púrpura con la sangre generosa de los cristianos. Todo parecía un campo de batalla después de desastrosa derrota [...] Hay que dar a conocer esta gloria de la Alpujarra.

Diríase que aquella sangre que vertieron por Cristo tanto millares de cristianos fue un riesgo fecundo de paz y de ventura. El manto de púrpura que esta sangre vistió la tierra santificada le ha dado un tinte de nobleza española y de hidalguía tan difícil de borrar que, a pesar de las vicisitudes de los tiempos, aún hoy lo conserva”.

Individuamos este ejemplo de entre muchos más, porque viene muy a propósito del que nos da pie, las Fiestas de Moros y Cristianos.

(Es preciso advertir que la relación causal-genética que se suele admitir entre estas fiestas y los martirios o, si se quiere, la guerra de las Alpujarras, es por lo menos dudosa. Estudios recientes parecen haber sentado genéricamente dos conclusiones, que avalamos: 1.^a) su *dimensión diversiva*, en tanto que expresión, no pocas veces artificial, del sentir de cada pueblo; 2.^a) su *ahistoricidad*, puesta de manifiesto mil veces, no sólo en su desarrollo, sino en las “relaciones” que le sirven de base, que salvo contadas excepciones proceden de la época romántica y fueron fruto de encargo a literatos más o menos afamados, como doña Enriqueta Lozano, por ejemplo).

III. El programa de los arzobispos Pedro de Castro y Diego Escolano

Los testimonios historiográficos contienen *componentes ideológicos*, que en un tema como el de los martirios saltan a la vista ¿Cómo se explicaría si no el empeño de hagiógrafos relativamente alejados de los hechos, como Antonio de Fuenmayor cuando relata la vida y los hechos del pontífice Pío V?. Es evidente que Fuenmayor debe ser entendido en el estado de la religiosidad que a fines del siglo XVI vive el continente europeo; bastará recordar las palabras de Baronio, llenas de un incontenible entusiasmo en loor de los mártires:

“¡Valor, noble Colegio de los Ingleses! Yo siento por vosotros una santa envidia, oh candidatos a los suplicios y a la noble púrpura del martirio. Al veros yo no puedo por menos de decir: ‘¡Podría yo también morir con la muerte de estos justos, podrían ser mis últimos momentos semejantes a los suyos!’” (citado por É. Mâle).

Baronio había empezado a publicar su *Martirologio* en 1588; él es el codificador de una corriente que viene de la Antigüedad romana y que con la Reforma experimenta un impulso irresistible: es la ocasión de reverdecer los laureles del martirio, nace el Colegio de los Ingleses y luego el Germánico para preparar misioneros para la “controversia” y la “muerte”. Las órdenes religiosas rivalizan por la exaltación de sus mártires: a los jesuitas del Brasil (1570) y de la India (1583), siguen los del Japón (1597), mayoritariamente franciscanos, etc. El arte, sabiamente animado por la jerarquía, y como “fiel intérprete de los sentimientos de la Iglesia, colocaba sin cesar el martirio bajo la mirada de los fieles y les recordaba, en estos días de fuego y sangre, la virtud del sacrificio”. Pintura y literatura cumplen con fervorosa entrega su función propagandística y ejemplarizadora, pues si aquélla hace recreación descarnada de los martirios (recuérdese el martirologio de la Cartuja de Granada, por fray Juan Sánchez Cotán), a Baronio

no le faltan entusiastas continuadores, que van inflamando su devoción cuando el siglo de la “crisis” recobra sus afanes contrarreformistas y los pontífices van elevando a los altares a estos héroes del catolicismo.

Leyendo a Fuenmayor y haciendo consideración del clima religioso que abonó los hechos martiriales, será más fácil entender que sean ellos el gran *leit motiv* de las historias eclesiásticas granadinas de la primera mitad del siglo XVII. Mas nada sería verdaderamente entendible sin la figura de don Pedro Vaca de Castro y Quiñones, arzobispo de Granada entre los años 1589 y 1610, en que fue trasladado a la sede hispalense, que ocuparía hasta su muerte en 1623, a quien un biógrafo del XVIII, Heredia Barnuevo, llama “Ambrosio de Granada, segundo Isidoro de Sevilla, y segundo Ildefonso de España, Espejo de Juezes Seculares, y exemplar de Eclesiásticos Pastores”. Castro es el inspirador y sostenedor fervoroso de toda la mitología contrarreformista granatense, cuyo eje es el enorme tinglado de los hallazgos de la torre turpiana y los plomos sacramentanos. Ya en Sevilla, sería entusiasta luchador en la batalla del concepcionismo.

¿Quién si no Vaca de Castro podía ser el animador de la recuperación del hecho martirial alpujarreño? Un texto recogido en las *Actas de Ugíjar* relata la participación del arzobispo con detalles muy significativos:

“...estando en oración en el Sacromonte de Granada dicho señor arzobispo, vio una procesión de mártires vestidos de blanco, con estolas carmesíes y palmas en las manos; y el que les guiaba, mirándole con ceño, le dio amorosas quejas por el olvido que tenía de él y de sus compañeros, teniendo tanto cuidado como tenía de los del Sacromonte; y preguntado por el santo prelado quiénes eran, le respondió que los sacerdotes y beneficiados que padecieron martirio en el alzamiento de los moriscos de este reino, porque se podía entender que eran los mártires que padecieron en esta tierra en tiempo de San Tesifón, obispo de ella, que en todos tiempos ha dado mártires a la Iglesia esta provincia...”.

Al fin del pasaje, el guía de aquella martirial procesión responde categórico al arzobispo cuando éste le pregunta sobre lo que debía hacer: “No olvidarnos tanto, siendo nuestro pastor”. Inmediatamente Castro ordena una comisión cuyo fruto son las *Informaciones* que sustenta documentalmente los martirios de las Alpujarras.

Revelación providencial ciertamente: metido como estaba el arzobispo Castro en la defensa de su proyecto sacramentano, convertido en la razón de ser de su vida, *la unión de hecho martirial antiguo con el recentísimo de las Alpujarras* se convertía en un testimonio cuya legitimidad difícilmente podía ser cuestionada aun por lo más reticentes. La comunión indisoluble de estos martirios con la más genuina tradición martirial de la Iglesia primitiva iba a convertirse enseguida en el argumento nodal de las historias eclesiásticas, que mostrarán su máxima elocuencia en la conexión de San Cecilio y su parentela con la refundada iglesia granatense, una vez consumada la “re-conquista”. Antolínez de Burgos lo expresa así:

“Dio fruto en abundancia la fe sembrada por los gloriosos Cecilio, Thesiphón, Hiscio y sus compañeros, segundos apóstoles y primeros mártires deste Reyno; y viose quán arraygada la avían dexado, en la gran constancia, brío y fortaleza con que la padescieron tantos sacerdotes, niños, hombres y mugeres...”.

Podríamos traer otros testimonios que abundaran en tal dirección, pero nos parece de más interés subrayar el empeño de los autores en explayar las “circunstancias que califican los que son verdaderos martyres”, por usar el enunciado de Bermúdez de Pedraza en su *Historia eclesiástica*, y la argumentación sobre la “muerte *in odium fidei*”, como *conditio sine qua non* del verdadero martirio, pues “la causa es la que hazer martyr, no la pena”. En consecuencia, cualquier otro móvil debe ser rechazado, tal como hace Bermúdez de Pedraza con la “codicia”, que califica de “escusa”:

Antolínez, a su vez, abunda en los móviles al hablar de los “bautismos de sangre”, del ejemplo de los menores que tan heroicamente murieron en esa Navidad de 1568. Los cronistas y apologistas reiteran cansinamente y con idéntico entusiasmo —incluido el más distanciado Diego Hurtado de Mendoza— la firmeza de todos, sin excepción ni desmayo, ante el martirio.

El arzobispo Escolano, en el *Memorial* que compone con glosa y resumen de las *Actas martiriales*, es quien mejor intuye la necesidad de hacer hincapié en las profanaciones de los lugares sagrados y en las burlas sacrílegas sobre los objetos de culto y a los ritos y creencias cristianos. De forma muy reflexiva, el arzobispo Escolano pone al lector en conexión con los *sentimientos* que embargaban a los moriscos en la víspera de la Navidad de 1568. Sabio propagandista, involucra una y otra vez el símbolo de la Cruz para evocar el odio irracional que despierta en los moriscos, como representación máxima de su desgracia; es un recurso llamado a conmover la conciencia de cualquier cristiano, incluyendo los más altos receptores del *Memorial*, la reina Margarita y el sumo pontífice. Escolano es consciente de que su alegato no debe agotarse en la jerarquía o sus aledaños; lo entiende, por el contrario, como parte de un programa cultural de mayor alcance, tendente al fortalecimiento de la acción pastoral de sus curas de almas y, en definitiva, de toda su grey necesitada de ejemplos tangibles, rotundos. En tal sentido, su recurso a la Virgen es baza segura, eficacísima flecha dirigida al corazón mismo de hombres, mujeres y niños; elemento fundamental para la cohesión de unas sociedades que apenas han tenido tiempo de forjar sus identidades, a menos de un siglo de distancia del aluvión repoblador de fines del siglo XVI, y en algunas zonas sin estabilizar hasta bien entrado el XVII.

Acaso ningún episodio sea más significativo, hasta elevarse a paradigma, que el de la Virgen del Martirio de Ugíjar, pues constituye expresión sublimada de la necesidad que los cristianos viejos, herederos de los mártires, tenían que crear su propia mitología devocional. Estos herederos inequívocos, legitimados por la sangre de sus antepasados, asumían conscientemente la responsabilidad de liderar ante sus convecinos —venidos de otras tierras castellanas— una acción que la Iglesia animaba en todas las formas posibles. El arzobispo Escolano, una vez más, lo refleja muy bien, cuando como colofón a su relato de la profanación de la imagen de la Virgen de Ugíjar resume el nacimiento de la festividad y las gracias a sus devotos:

“Y desde el año 1598 (treyn ta desde su martirio) se celebró su festiuidad con Indulgencia Plenaria á todos los que assiesssen á ella, ó visitassen la Yglesia, que concedió la Santidad de Clemente Octauo, Pontífice Summo. Y desde el año 1606, hasta el tiempo presente, por voto de aquella villa, el dia Lunes despues de la Dominica primera de Octubre, se celebra esta Festiuidad con primeras Visperas, Procession, y Missa solemne el otro dia, siendo grande el concurso de gente que acude á ella, y no es menor la deuocion de todos á esta Santa Imagen de el Martirio”.

Ni qué decir tiene que la devoción ha arraigado y se mantiene trascendida a un ámbito popular que supera el propio pueblo de Ugíjar.

Escolano no fue el iniciador de estas corrientes de fortuna. Vio claramente posibilidades y los medios para afianzarlas; supo incluso sacrificar en su *Memorial* la opción de la exhaustividad en aras de la pedagógica, que no sólo pasaba por allanar la prolijidad de las *Actas*, sino por la selección de los pasajes y episodios martiriales y la claridad expositiva, que hace el alegato asequible a la lectura de cualquier persona sencillamente alfabeto.

Sabios apologistas, ni Escolano ni sus antecesores señalaron ni de pasada los continuos abusos de que fueron objeto los moriscos en lo más íntimo de su civilización, en sus vidas, ni la más mínima alusión a motivaciones sociales o personales —tan meridianas en el cronista Mármol Carvajal y en tantos otros testimonios—. Todos tenían bien claro el mensaje: muertes y profanaciones se hicieron “en odio de Christo, y la Religión Católica”.

IV. Unas conclusiones

Como recapitulación de la revisión historiográfica que precede, he aquí unas conclusiones:

- 1.ª) Que el hecho martirial alpujarreño es *instrumentalizado* desde prácticamente sus orígenes como medio de la propaganda contrarreformista desde la jerarquía eclesiástica granadina, especialmente los arzobispos Pedro de Castro y Diego Escolano.
- 2.ª) Que en su momento inicial fue utilizado como *elemento de cohesión ideológica* de una sociedad, la repobladora, necesitada de una mitología religiosa, que había quedado diluida en la dispar procedencia de los inmigrantes.
- 3.ª) Que luego se mantiene como *recurso recristianizador y evangelizador*, de forma recurrente, por una corriente generalmente reaccionaria, siempre que se estima preciso: 1935/en el Bienio Negro; 1968/cuarteamiento de valores tradicionales y del montaje nacional-católico, incorporación a la denominada “cultura popular”/Fiestas de Moros y Cristianos...
- 4.ª) Que si bien en su origen tienen un fundamento real, *los apologistas lo desvirtuarán tendenciosamente*, magnificando unos hechos (por ejemplo, el número), ocultando o minimizando otros (por ejemplo, las motivaciones, que reducirán al odio a la fe cristiana), etc.

PARTE SEGUNDA: MARTIRIOS ALPUJARREÑOS, SOCIEDAD Y MENTALIDADES

La segunda parte de esta ponencia pretende inscribirse en el desarrollo explícito de la segunda de las conclusiones arriba expresadas. Partiendo de ella a modo de premisa, nos proponemos demostrar cómo en el peculiar mundo de las Alpujarras se conformó una *particular mentalidad religiosa*, esto es, sin paralelo en otros ámbitos del antiguo Reino granadino, que se proyectaría e informaría el proceso repoblador y la configuración de la nueva sociedad viejo cristiana en ulteriores siglos, con permanencias que han marcado de forma indeleble actitudes y comportamientos aun del presente.

I. Las Alpujarras después de la guerra

La guerra de las Alpujarras es el hecho que nuclea el momento histórico. De una parte se abre con los martirios que nos ocupan; de otra, es la causa directa y cercana del proceso repoblador filipino. Guadaña inexorable de destrucción de vidas, arrasó los campos, las viviendas, los templos, los ingenios productivos, todo cuanto habitaba sobre aquella sufrida tierra; fue, a su vez, preludio cierto de una reconstrucción sobre nuevas bases que se puso en marcha tan pronto como la comunidad morisca era deportada hacia tierras de Castilla. Una de esas bases fue la restauración de la Iglesia de Cristo, que había sufrido en mayor medida las iras de los rebeldes, *in odium fidei*, en sus pastores y en sus templos.

Pronto empezaron a afluir los colonos repobladores. Llegaban a esta tierra de promisión con sus pautas civilizatorias intactas: sus hábitos y costumbres en el trabajo, en la lengua, en la alimentación, en la casa, en sus diversiones..., y naturalmente en su sentimiento y expresión religiosa, en todos los aspectos de su ancestral religión católica, de su religiosidad. Traían sus santos de devoción, sus advocaciones, a quienes imploraban en sus momentos de tribulación; a quienes alababan por sus gracias. Hubo, incluso, grupos, verdaderos contingentes con comunidad de origen, que se desplazaron con sus propios sacerdotes.

Es imposible saber las advocaciones dominantes en cada uno de los múltiples lugares de repoblación; cabe pensar, empero, que el contingente más numeroso fuera el que impusiera sus preferencias, según avalan algunos ejemplos. Pero esta religiosidad de origen foráneo no parece que en principio fuera un elemento de unión entre los repobladores, de origen tan diverso; es más, puede aventurarse que fuera elemento de discordia en muchas ocasiones. De ahí que la curia granadina instrumentara todos los recursos a su alcance para aunar principios devocionales que coadyuvaran al arraigo de los recién llegados, en una etapa especialmente difícil. Este es tema complejo que requiere un acercamiento propio.

Más nos interesa ahora el análisis de la religiosidad surgida directamente de la guerra, del hecho martirial, que tan severamente había marcado a los supervivientes de aquel horror, obligados a rehacer sus vidas en una tierra asolada por la destrucción hasta los cimientos mismos de sus casas. Por estar desamparados, aquellos supervivientes carecían hasta del consuelo de los curas de almas que pudiesen enterrar a sus muertos, siendo como habían sido primeras víctimas de la saña de los rebeldes. Es más, los templos, que fueran su principal seña de identidad en tierra plenamente morisca, habían sido destruidos en su inmensa mayoría, y no sólo en el solar alpujarreño.

El arzobispado granadino, exhaustas sus arcas por la pérdida de rentas acarreada por la expulsión de los moriscos, no estaba en situación de hacer frente a su labor pastoral, pues carecía de sacerdotes, pero más aún de numerario para dotar y reconstruir los templos. En este momento, la Iglesia granadina, muy particularmente en sus zonas de repoblación, era verdaderamente una Iglesia menesterosa, rendida a la voluntad del único posible salvador, el rey Felipe II, que, como su patrono que era, tomó la responsabilidad de levantar los templos y el compromiso de dotar económicamente los curatos. La curia sólo tendría que hacerse cargo del recluta-

miento del clero, de su formación y, en fin, de la dotación de los útiles sagrados y el material para el ejercicio de su ministerio.

Pese a estas medidas, la iglesia alpujarreña de la última década del siglo XVI se encontraba en un estado de abandono casi total. La visita eclesiástica de Alonso López de Carvajal en 1578 mostraba la “suma penuria” de los templos, que se doblaba con la falta de clérigos y su pésima preparación, que explica el durísimo testimonio del Padre Pedro de León, en su visita misional a la comarca alpujarreña en 1589. Las Alpujarras aparecían ante los ojos del resto del país como tierra despoblada, sin pastores de almas y sumida en el abandono; un pueblo desconsolado, dejado de la mano de Dios y de los hombres, que clamaba sus desventuras al Cielo.

En este penoso contexto religioso, los habitantes de las Alpujarras debieron adoptar unas actitudes y unos comportamientos privativos que marcaron diferencialmente su mentalidad respecto de las del resto del Reino, en una época tan fluida como la de repoblación, que sin embargo invitaba a una cierta homogeneidad básica. La precedente afirmación es en buena medida poco más que una hipótesis de trabajo, que no hace sino reafirmarnos en lo ya expresado en otro lugar, nuestra “incitación a la relectura de cierta documentación archivística, pero también de ‘clásicos locales’, utilizados de forma rutinaria e indiscriminadamente como simple cantera de noticias y datos”. Así, predicando con el ejemplo, pretendemos acercarnos ahora de forma empírica y casuística a la aprehensión de la religiosidad alpujarreña nacida de aquellas circunstancias especialísimas, de la guerra en fin. En esa búsqueda no hacemos sino interrogar nuevamente las fuentes primarias conocidas, aludidas en la nota preliminar.

II. El martirio como espejo de vida

La mentalidad religiosa de aquellas gentes que habían visto, y aun padecido en sus familiares, la muerte a manos de los exaltados moriscos en vísperas de la Navidad de 1568, se articuló, como no podía ser de otra forma, en torno al “martirio”, que pasó a ser objeto eminente de su culto. Pues mártir es el cristiano que muere por no renegar de su fe; y como ya se encargaron de difundir los hagiógrafos, en aquel momento terrible no hubo ni una sola defecación. No es casual, pues, que fueran las profanaciones cometidas contra la imagen de la Virgen del Rosario, patrona a la sazón de la villa de Ugíjar, capital de las Alpujarras, las que indujeron a su adopción devocional principalísima bajo la advocación de Virgen del Martirio. Ya en 1598 se había conseguido del romano pontífice, Clemente VIII, indulgencia plenaria para su culto; el descubrimiento en un pozo de la maltrecha imagen, en 1606, inspiró al cabildo de la Alcaldía Mayor, reunido el 5 de septiembre de ese año, la instauración de fiestas en su honor. Estas fiestas estuvieron marcadas desde su inicio por enorme concurrencia de fieles de todos los lugares de las Alpujarras —veinte mil, dice el Padre Hitos que reunía la procesión— sin que milagrosamente jamás se produjera accidente, etc. Siglos más tarde la procesión que las centraba seguía conservando un nítido simbolismo, al que era muy sensible toda la comarca y que en la década de los veinte de nuestro siglo el hispanista inglés Gerald Brenan describía. En las *Actas martiriales* se recoge el testimonio de un sacerdote sobre la cualidad milagrosa de esta Virgen del Martirio, “en especial en tribulaciones de agua y fuego”, en clara alusión a los elementos con los que “martirizaron” a la imagen, etc.

El martirio se convierte en poco menos que en la guía de pasión y muerte que ordene la conducta de los paisanos de quienes “ciertamente” lo padecieron. La vida y hechos de los mártires, gentes del común hasta ese momento, se convertía de la noche a la mañana en el canon más estricto de vida, hasta alcanzar el devocionario popular: al fin y al cabo, eran hombres de la tierra que tenían una vida real, incluso compartida con muchos de los habitantes en aquellas décadas inmediatamente posteriores a la guerra. No había mejor espejo en el que mirarse. Los herederos inmediatos de aquellos héroes de la fe cristiana se afanaban en mantener viva su memoria, con lo que aproximaban a las nuevas generaciones la realidad incuestionable de su sacrificio, que a su vez la transmitían a las siguientes en ininterrumpida cadena. La estructura misma de las *Actas martiriales* revela que, pese a haber transcurrido un siglo cuando se redactaron, los alpujarreños conocían y relataban perfectamente los hechos martiriales, ya que lo habían “oído decir muchas veces” a sus padres, quienes lo escucharon de sus abuelos y éstos de sus bisabuelos. Esta repetición hace el texto prolijo y engorda acaso innecesariamente su volumen, pero tiene la virtud de demostrar la eficacia de la transmisión oral, que en una sociedad bastante cerrada como la alpujarreña alcanzaba grado de paradigma pedagógico, ese contar historias en un mundo de analfabetismo generalizado.

Para los que sabían leer tampoco faltaron obras a las que recurrir, pues sabemos que bastantes que hacían referencia expresa al alzamiento y martirio se hallaban en las bibliotecas, en especial de clérigos. Por ejemplo, el beneficiado de Valor, don Antonio Benet, manifestaba al visitador eclesiástico que “tiene largas noticias de la rebelión de los moriscos de este Reino de Granada y de los sacrilegios, impiedades, y crueldades, que ejecutaron los infieles en odio de nuestra santa Fe Católica... y así por las historias de Mármol, Pedraza y Herrera, y otros que han escrito de dicha rebelión”.

Estas obras contenían, en efecto, substanciosos capítulos dedicados al martirio; su objetivo didáctico era meridiano; sirva de muestra un fragmento del prólogo de la crónica de la guerra de Luis del Mármol:

“Porque la habla, siendo animada, no tiene mas vida que el instante de su pronunciacion, y pasa, á semejanza del tiempo, que no tiene regreso. Y las letras, siendo caracteres muertos, contienen en sí espíritu de vida, y lo dan entre los hombres á todas las cosas, multiplicándolas en la parte memorativa por uso de frecuentacion tan espiritual, en hábito de perpetuidad, que por medio dellas en fin del mundo serán tan presentes nuestras personas, hechos y dichos a los que entonces fueren, como lo son el dia de hoy, y vemos que vive lo que hicieron y dijeron los que fueron al principio dél por la literal custodia”.

Junto a las obras editas también circularon infinidad de manuscritos, generalmente redactados por eclesiásticos, alabando la ejemplaridad de sus padres, vecinos o allegados “mártires”, que se leían en las casas de forma usual. Este tipo de textos, algunos de los cuales llegaron a ser impresos, recorrieron las Alpujarras de casa en casa, saltando de una a otra parroquia, ora sirviendo de tema de tertulia, ora de inspiración para un sermón, pasando por lección de historia sagrada en un modesto hogar o de orgulloso relato en altiva familia. Tanta fue la fama de los mártires alpujarreños, que alcanzaron la fortuna de ocupar cumplido espacio en prestigiosas obras generales: bien sea en la más notable historia eclesiástica giennense, la de Ximena Jurado,

en que se recoge el martirio de un clérigo de Úbeda en Laujar del Andarax, bien en la conspicua historia de Felipe II de Cabrera de Córdoba, bien en la inefable biografía, la escrita por Fuenmayor, de Pío V, papa coetáneo de los hechos...

III. La herencia martirial

En la sociedad alpujarreña postbélica descender de un mártir era tanto como tener una carta de presentación que abría las puertas más difíciles. La herencia martirial fue enarbolada como instrumento de ascenso social, con todo lo que ello conlleva. Descender de un mártir era pasaporte seguro de progreso y medro. Un cristiano originario, que había vivido y convivido con cristianos nuevos, con moriscos hostiles, y sufrido el daño de la tortura y el inmenso dolor de la muerte de sus familiares, no podía ser igual que el resto de los colonos repobladores, por muy viejo-cristianos que fueran, y que ahora venían con sus manos limpias a tomar las suertes graciosamente repartidas por la Corona.

Así, pues, lo primero que hicieron aquellos descendientes fue elevar al rey sus peticiones de ayudas y limosnas para restaurar sus destruidas haciendas, magnificando las desventuras y el empobrecimiento que les había traído la guerra. No todos habían quedado en situación miserable, pues el ascendente económico de muchos de ellos los acreditaba como privilegiados, aun admitiendo que el quebranto, aún en el mejor de los supuestos, había sido grande. Pero todos adoptaron igual actitud, remarcando cómo junto al odio de la fe, los verdugos de sus antepasados les infligieron tremendas torturas para extraerles sus riquezas, sus ahorros honradamente atesorados, a la vez que se ensañaban en la destrucción de sus más preciados bienes. Es el caso, a modo de ejemplo único que seleccionamos entre otros, de Isabel Segura, viuda de Francisco de la Plata, quien, a través de su procurador, en Guadix, Luis Molina, presentó en 1569 un memorial en el que anotaba cuanto le habían robado, en todo tipo de especies, que cifraba en "más de cuatro mil ducados, sin los bienes raíces". Se aducen los casos de algunos que salvaron sus vidas durante unos días escondidos en casas de moriscos, hasta que sus protectores conseguían extraerles sus capitales, aprovechándose de sus tribulaciones, consiguiendo lo cual los entregaban a los verdugos.

Acabada la guerra, el secuestro de los bienes de moriscos y su posterior reparto a nuevos pobladores amplió las posibilidades de medro de los más osados. El complejo proceso de repoblación suponía el inventario o apeo de los bienes que habían pertenecido a los moriscos desterrados, y que había que diferenciar de los de cristianos viejos. Esta circunstancia fue aprovechada por algunos para ensanchar sus propiedades, incorporando otras que nunca habían sido suyas, prevaleándose de que la Corona hubo de llamarlos a ellos como conocedores. Estos abusos se pudieron evitar llamando a seises o conocedores moriscos.

Más complicada fue la cuestión de los censos, pues desaparecido el pagador, cesaba la fuente de ingresos. La solución a tan delicado tema era compleja, pues obligar a los nuevos pobladores a pagar los censos impuestos sobre las tierras era algo inadmisibles. Los supervivientes de la guerra enarbolaban nuevamente la bandera de sus sufrimientos y los de sus familiares muertos, en forma de sentidos memoriales en que se quejaban de la pérdida de rentas y solicitaban al rey pensiones y premios. Bastantes de estos memoriales se conservan en la sección

simanquina de *Cámara de Castilla*. En el Archivo de la Real Chancillería de Granada se custodia documentación de pleitos sobre el tema, enconados y difíciles, que rozan el límite del siglo XVI. Da esta documentación una medida de las preocupaciones de la Corona por buscar solución al problema de los censos, pues sólo sus réditos se elevaban a cifras astronómicas, tal como acredita la demanda de doña Inés Maldonado, viuda de Juan Ferrer y vecina de Berja, quien reclamaba el pago de sus censos hasta 1584, dilatado por la Real Hacienda, dado que los funcionarios reales estimaban que hacerlos efectivos “sería destruir la villa de Verja”.

La solución a las constantes peticiones de estos vecinos fue compensarlos mediante el repartimiento de tierras que fueron de moriscos, pese a la prohibición expresa de la legislación repobladora que los excluía de esta posibilidad, llegándose, incluso, al aventajamiento especial, como, por ejemplo, la “recompensa del agua”, en Berja. Esto explica, en parte, el porqué alcanzó tanta relevancia numérica en la repoblación el contingente granadino, que estuvo muy por encima de otros reinos castellanos que tradicionalmente se creían mayoritarios en aporte humano repoblador. De la noche a la mañana, bastantes de los supervivientes de la guerra pasaron a disfrutar no sólo de las tierras que poseían antes de la misma —acaso incrementadas por las alteraciones de los apeos insinuadas—, sino de otras nuevas, las de las suertes recibidas en repartimiento, a las que habían de sumarse varias pensiones y rentas concedidas por el rey, lo que les permitió redondear muy considerables haciendas. Las principales beneficiarias fueron las viudas supervivientes, que además aprovecharon la fluida situación repobladora para contraer matrimonio con colonos aventajados —esto es, que habían recibido suertes de “ventaja”, además de la ordinaria—, con militares o con herederos como ellas de los mártires. Aunque éste es tema que requiere tratamiento específico, acaso no sea aventurado afirmar que estamos ante una de las claves del origen de los más saneados patrimonios alpujarreños.

Obtenida tan privilegiada posición económica, y casi en paralelo, estas gentes accedieron a los concejos y poderes locales, que acabaron controlando. Era inevitable relacionar este ascenso con su herencia martirial, lo que contribuyó a reforzar exteriormente su prurito de pertenecer a un grupo socialmente distinguido, de elegidos, bien distinto del común de los repobladores. Algunos compusieron el apellido, caso de la descendencia de Luis Soriano, en Alboloduy, salvada de morir a manos moriscas por haberse refugiado a tiempo en su torre fuerte: “...el dicho y sus herederos se llaman Soriano de la Torre...”. Y se podrían citar otros muchos casos.

Así se concretaba la aspiración barroca de hidalguía de descender de noble o de santo: tener un mártir, a falta de otros créditos más añejos en el árbol genealógico, era genuino argumento para su ennoblecimiento. En la conciencia, como en la actitud de los herederos, se instaló inmediatamente la certeza de que los muertos por los moriscos, los mártires, no sólo habían alcanzado la santidad con su sacrificio y su firmeza ante sus verdugos, sino también la nobleza por su gallardía. Las familias alpujarreñas que pleitearon su hidalguía adujeron orgullosamente poseer sangre de mártires; en cualquier caso, esta herencia era llave que podía franquear cualquier puerta: baste, como ejemplo entre muchos, el de Francisco González Fernández y Francisca Martín Rivera, para obtener dispensa de matrimonio por consanguinidad, en 2 de septiembre de 1678, aducen ser descendientes de mártires, en este caso comunes, sus tatarabuelos... Poseer la evidencia de un antepasado muerto en defensa de la fe a manos de los moriscos

rebelados podía ser argumento suficiente en una probanza: es el caso del capitán Antonio Almenara de la Plata y su hermano Pablo que, en 1600, ganaron ejecutoria de hidalguía, demostrando que eran hijos de Francisco Almenara, natural y vecino de Bayárcal, martirizado en aceite hirviendo junto con sus hermanos. En los enlaces matrimoniales encontraron ocasión de componer el apellido, de manera que resaltase bien Almenara o de la Plata. Los sacerdotes capitalizaron eminentemente esta corriente de fortuna en favor de sus familiares.

Para dar mayor lustre a la familia y recrear orgullosamente sus ascendencias martiriales, se mandaron pintar numerosas obras que perpetuaran la memoria. En estas pinturas se describían los martirios de los antepasados, ilustrados literariamente con algunas leyendas explicativas. En Órgiva, el gobernador del señorío, don Lorenzo Cepeda, presentó altivo al visitador eclesiástico un lienzo de “cerca de dos varas de alto y más de vara de ancho (...) y al rededor del marco de dicho cuadro estas palabras en versos latinos: *Rempite o tiranni, vulnerate pectora nostra si fides, si corda christique servat amor*. Y este dicho cuadro a cincuenta años se posee [por] este testigo, por haberlo dejado el dicho su padre.”.

Al igual que los hidalgos, las órdenes religiosas, hicieron lo propio por perpetuar visiblemente la memoria de sus mártires. Revelador del ambiente en que se desenvolvía esta evocación martirial, en que todo recurso era válido, es, sin duda, el memorial que presentaron ante la curia de Granada todos los beneficiados de la Alpujarra, en que invocaban nada menos que al mítico arzobispo Pedro Guerrero, destacado miembro del Concilio de Trento, afirmando iluminadamente que

“...el primer golpe o martirio, demás de caer todos sobre el rebaño propio, se ejecutó en la cabeza de la casa arzobispal, que fue en el licenciado Diego de Montoya, sobrino del reverendísimo señor don Pedro Guerrero, antecesor de vuesa ilustrísima, que le trajo a Granada para hacerle su provisor, y después por achaques que padecía, y más por ordenamiento divino, que le llamaba para glorificar su Santo Nombre, retirado a estas montañas, a los aires saludables de los Bérchules, fue su Provisor Real del Valle de la Alpujarra y Taha de Marchena, teniendo su audiencia en el lugar de Alcútar, donde padeció martirio la noche de Navidad, alabando a Dios y cantando los maitines en su iglesia...”

Los sacerdotes no escatimaron esfuerzos para incrementar sus conocimientos en fuentes bibliográficas que les permitieran transmitir a sus fieles una exaltación martirial mejor fundamentada. Sirva por otros el ejemplo en que se recoge la declaración de Francisco Zapata Pimentel, beneficiado de Alcútar, quien, además de lo trasladado por sus mayores, conocía de los mártires lo que “se refiere en los autores, que de éstos escribieron, como son Luis del Mármol, fray Jaime de Bleda, cuyo libro se ha visto en la librería de la Compañía de Jesús de Granada, don Antonio de Fuentmayor, en el elegante libro de la Vida de Pío Quinto, y don Diego de Mendoza, y don Lorenzo Vander, en la Vida de don Juan de Austria, y otros que tocan esta materia...”. Estos libros se complementaron con otros escritos redactados expresamente para la instrucción de los párrocos, que así podrían cumplir mejor su misión pastoral.

Apartado del mayor interés es el constituido por las informaciones realizadas para la solicitud de las beatificaciones de los mártires. Son los casos del manuscrito titulado *Mártires*

de Granada, del agustino fray Egidio de Córdoba, que relata los suplicios sufridos por sus hermanos de orden del monasterio de Huécija; la biografía del sacerdote de Laujar del Andarax Lorenzo Beltrán, “de cuya vida hay libro impreso en poder de Pedro Sánchez de Mercado, vecino de Laujar, y deudo suyo del dicho licenciado Juan Beltrán”; o las dos biografías del trinitario fray Marcos Criado, el único que llegó a ser beatificado.

La curia de Granada, impresionada por el arraigo martirial, ordenó abrir investigaciones particulares. La primera que conocemos fue la realizada por el visitador Villarreal por orden del arzobispo don Pedro Vaca de Castro; le siguió la girada por el capellán Leyva, a instancias del también arzobispo don Diego Escolano, origen de las *Actas martiriales*. El deán y provisor de Granada, doctor Justino Antolínez de Burgos, basándose en las informaciones de Vaca de Castro y en las de vecinos de las Alpujarras, compuso algunos de los más significativos capítulos de su *Historia eclesiástica de Granada*, fuente principalísima y sostén de la mitología martirial granatense a pesar de no haberse editado en su tiempo.

El arte también se vio salpicado por la tempestad martirial, pues satisfizo la demanda de hidalgos o eclesiásticos que buscaban plasmar para la posteridad los momentos más señalados de los martirios. Una muestra muy notable debieron ser las pinturas que poseía el abad de Ugíjar, Luis Quijada de Salcedo, todo un programa iconográfico que disponía de tarjetas explicativas realizadas por el licenciado Antonio Benet, beneficiado de Válor. Las paredes de las iglesias alpujarreñas se dotaron de cuadros martiriales que, desgraciadamente han desaparecido, caso de las pinturas del antecamarín de la Virgen del Martirio de Ugíjar o del monasterio agustino de Huécija. Otras aún se conservan, como la colección que encargó el arzobispo fray Pedro González de Mendoza, el retrato del licenciado Beltrán, beneficiado de Laujar, y el cuadro que se guarda en la simbólica capilla de Nuestra Señora de la Paz de Montilla, un retrato del fraile agustino de Huécija, Pedro de Madrid. Además de estas manifestaciones pictóricas mayores, la comarca fue recorrida por un sinfín de estampas y litografías de los martirios (cuyo estudio sistemático será revelador).

Los martirios y su herencia martirial generaron de una u otra manera los que podríamos llamar “culto a la muerte”, tal como se tiende a subrayar en los trabajos sociológicos y antropológicos. Para rendir mejor tributo de recuerdo a los muertos en martirio se establecieron capellanías, como la de los Benet de Ugíjar; las capillas dedicadas a los patronímicos de los mártires se difundieron por toda la tierra alpujarreña: así nació el culto a San Lucas, a San Antonio, etc., y las memorias perpetuas, obras pías y patronatos. El desarrollo de las creencias en las “ánimas” es seguramente el mejor ejemplo, pues llegó incluso a interesar al arzobispo Vaca de Castro, quien ordenó una investigación específica a raíz de la aparición de luces en Beires, etc. El culto a las Ánimas en sus diversas manifestaciones posibles, la consagración de ermitas, etc., conserva su singular vigor en el solar de las Alpujarras, con pervivencias arraigadas que se concretan en la muy activa celebración de las festividades religiosas de los días de Difuntos, Santos Inocentes..., con una carga conmemorativa evidente —muy presente en los testamentos—, de aquellos hechos martiriales que precedieron a la guerra de los moriscos.

IV. Reliquias y devoción

El trato dispensado a los supervivientes de la guerra muestra ya el estado de fervor existente. En plena contienda, la ciudad de Granada se volcó en un clamor incontenido a la llegada de las cautivas liberadas en el castillo de Jubiles, y en semejante forma —según el vívido relato del cronista Mármol Carvajal— se comportó el marqués de los Vélez con las cristianas de Ohanes, lugar donde se celebró

“la fiesta de la gloriosa Virgen, Señora Nuestra, con gran solemnidad, yendo el marqués de los Vélez y todos los caballeros y capitanes en la procesión armados de todas sus armas, con velas de cera blanca en las manos, que se las habían enviado para aquel día desde su casa, y todas las cristianas en medio vestidas de azul y blanco, que por ser colores aplicados a Nuestra Señora, mandó el marqués que las vistiesen de aquella manera a su costa. Andubo la procesion por entre las escuadras armas, que le hicieron muy hermosas salvas de arcabucería, y entró en la iglesia, cantando los clérigos y frailes del ejército el cántico de *Te Deum laudamus*, y glorificando al Señor en aquel lugar donde los herejes le habían blasfemado”.

Si este era el trato dispensado a los cristianos que se salvaron, cabe interrogarse por el que se rendiría a la memoria y a los restos mortales de quienes dieron su vida por Dios. Un caso, de entre muchos, que puede ser ilustrativo: enterado don Lope de Figueroa Barradas del martirio de los agustinos de Huécija, como patrono de la capilla mayor de la iglesia del convento de San Francisco de Guadix, no tardó en trasladar los huesos de los frailes al enterramiento de la familia Barradas con ánimo de honrarla; asistió al efecto el licenciado Ulloa, provisor general de las Alpujarras, enviado por el arzobispo de Granada para dar mayor solemnidad al acto. Esta capilla, según los testimonios, era visitada por los habitantes de la taha de Marchena, donde aquellos restos gozaban de veneración mucho tiempo después.

La casuística que encierran las *Actas martiriales* es abundante. Un expresivo ejemplo: en Berja, a fines del siglo XVI, al trasladarse varios cuerpos de mártires dentro de la iglesia, se halló que uno de ellos conservaba una sortija y varias monedas escondidas en sus ropas; enterada su viuda, recogió la alhaja y mandó que los doblones sirviesen para decir misas por las ánimas de los mártires. El vicario virgitano, Francisco Cabrera, escribió al arzobispo Vaca de Castro sobre esta singular noticia, a lo que respondió el prelado que enviaría monedas nuevas a cambio de quedarse las halladas, lo que el escribano reflejó puntualmente: “tomó por reliquia la sortija, y su ilustrísima tomó los doblones”. Casos semejantes se pueden aducir en las iglesias de Lucainena, Alcútar, Berja, Laujar del Andarax, etc.

Muchos de los testimonios conocidos sugieren el afán de particulares por apropiarse reliquias, que luego podían derivar hacia otros lugares, en una suerte de tráfico nada extraño en la época, y al que fueron sensibles encumbrados personajes y aun los mismos monarcas y sus familias (*vid.* Bouza). Nada de extraño tienen que menudearan estas prácticas en una comarca tan bien dotada de restos venerables. Por ejemplo, refiere un Juan Bonilla, vecino de Mecina Bombarón, cómo el Cristo de piedra blanca que destrozaron los moriscos “estubo muchos años echo pedazos en aquel sitio, de la cual un pedazo que tenía un brazo del Santo

Cristo le tomó don Lorenzo Vander y León, que fue beneficiado de la Santa Iglesia y después capellán de su magestad en la Capilla de Granada, y [lo] llebó a Madrid; y lo restante está en la iglesia de este lugar”.

Por otra parte, a lo largo del siglo XVII proliferaron en las Alpujarras tradiciones de todo tipo relacionadas con la veneración martirial y los escenarios o lugares de también se reverenciaron como sagrados. Aquí los ejemplos aducibles son diversos; conformémonos, por la singular expresividad de su texto, con el de la casa del cura de Alcútar, considerada como un auténtico santuario de veneración martirial, pues como dicen las Actas de Ugíjar, “se ve hoy la lumbrera por donde tiraron la primer saeta, y donde cayó herido hay dos pilastras de yeso, a quien los rebeldes dieron algunas cuchilladas y alfanjazos que hoy se ven, porque hasta de este tiempo han durado estas señales y otras muchas que comúnmente se refieren, por todo lo cual me parece justo ser santas...”.

V. Cruzada, cautivos y “plomos” sacromontanos

El surgimiento en la repoblación de devociones relacionadas con la victoria de la fe cristiana sobre la mahometana es un hecho incuestionable que no puede escapar al estudio de la religiosidad granadina, por más que carezcamos en estos momentos de estudios monográficos que lo acrediten debidamente. El devocionario popular, por ejemplo, atribuye milagros protectores ante las agresiones del infiel, como el de la Virgen del Mar, en la cercana ciudad de Almería, a la que se le atribuye la defensa de la ciudad contra dos armadas de galeras musulmanas, que no cayó en el saco roto del olvido. Una comarca tan castigada como las Alpujarras, en donde los monfíes durante los primeros años de la repoblación seguían asesinando y secuestrando a los campesinos, y un Reino que padecía, sobre todo en su flanco más oriental, la plaga de los desembarcos de los piratas y corsarios berberiscos, además de la amenaza perpetua, bien que nunca efectivamente, del ataque de la escuadra otomana, consecuentemente hubo de configurarse en unos parámetros mentales y en una realidad material de defensa permanente y vigilante ante el Islam.

Fiestas caballerescas, como los juegos de cañas y toros, contribuían a mantener viva, aun en su vertiente lúdica, la actitud de alerta que se avivaba más realistamente acaso con las innumerables funciones de moros y cristianos, contribuyendo desde el ángulo festivo a la afirmación de una sociedad de frontera. La ineludible vertiente religiosa se alimentó obviamente, y en primerísima instancia, de los vestigios de los lugares sacralizados y de las reliquias martiriales, pero también de los relatos de hidalgos y eclesiásticos, muy interesados en que la tradición no decayera: era la forma, oral o escrita, y no menos la del arte, de mantener la memoria colectiva y servir elementos de cohesión frente a la agresión, todavía actuante, del Otro. Así se instruía, como se dijo más arriba, a las nuevas generaciones. El nivel literario y artístico de estas manifestaciones podrá discutirse, no su eficacia.

Debieron ser las crónicas de cautivos en tierras musulmanas, dada su similitud con los cristianos perseguidos por los moriscos, las que llevarán la palma de la demanda, en tanto que, en el decir de Miguel Ángel de Bunes, “el cautivo es una representación viva y doliente del enfrentamiento entre la cristiandad y el Islam en la Edad Moderna”. Y es que, efectivamente,

“el cautiverio es una manera de purgatorio de los pecados cometidos por los cristianos, que llega a su máxima expresión, desde el punto de vista religioso, cuando se alcanza el martirio”. Como se ve, una concepción que se asemeja mucho a algunas de las tesis centrales de este trabajo nuestro. Cábenos, pues, suscribir las conclusiones de este autor: “entregar la vida o padecer combatiendo a los enemigos de la verdadera revelación es una empresa memorable y cara a Dios”, y no es casualidad que la literatura de cautivos mantuviera viva durante fines del siglo XVI y todo el siglo XVII la guerra contra los musulmanes, en tanto que auténtica “Cruzada” que se extiende a todos aquellos que se opusieron a la verdadera revelación. “Las muertes de los cautivos, en especial las que se han producido en olor de santidad y las especialmente crueles, configuran los nuevos martirologios católicos de la Edad Moderna que se contraponen a los luteranos”.

Junto a esta pugnaz faz contrareformista, convivió otra conciliadora, subrepticia, y condenada al desastre; aquélla que buscaba la salvación de la antinomia en el recurso sincrético entre ambos credos, que tienen su manifestación única, irrepetible, en el episodio de los “Plomos” del Sacromonte, que nos aventuramos a enraizar, siquiera sea vagamente, en el puñado de moriscos que aceptaron morir por la fe cristiana. Quede, pues, esta afirmación como una hipótesis para trabajos futuros, o acaso mucho menos, como una mera intuición que no estamos muy seguros de que avalen otras conexiones ya afirmadas como las de los martirios alpujarreños con los de San Cecilio y su parentela, que son los patronos eminentes de las falsificaciones sacromontanas.

No sabemos lo lejos que estará del anterior planteamiento la actividad, más que propósito, conciliadora de creencias dispares que se vivió en el solar alpujarreño entre las autóctonas, entendidas por tales las sostenidas por los cristianos viejos asentados en tiempos anteriores al estallido de la guerra, acaso desde la conquista, y las que trajeron los repobladores de la década de los setenta del quinientos, que es una indiscutible realidad, cuya mejor concreción sea quizás el culto y devoción a la Virgen del Martirio. Es ejemplar, al respecto, el caso que ofrece la patrona de Berja, Virgen de Gádor, venerada desde 1589, fruto inequívoco de la fusión de las creencias de los repobladores y las de los supervivientes de la guerra. Los dos milagros que en el siglo XVII se atribuyen a esta imagen van incluso más allá, en una pretensión —que interpretamos— reconciliadora, que ni siquiera excluye al infiel arrepentido. El primero de los milagros relata la conversión al cristianismo de un esclavo morisco, Ahmet, quien antes de morir pidió el bautismo; el segundo, repite el esquema en lo fundamental: esta vez es una morisca, esclava del beneficiado Juan de Oliver, quien, en marzo de 1620, pidió, una vez terminada la procesión de la imagen, ser bautizada. Podrían interpretarse estos milagros como una especie de mensaje que trata de indicar la victoria de la Virgen sobre el infiel, toda vez que perdona sus pecados, pero sin desechar la redención salvadora, integradora, en fin. No deja de ser significativo que la familia Oliver, en conmemoración del milagro de la morisca, levantara una cruz de madera en la puerta de su casa, en lugar que aún hoy se denomina placeta de la Cruz y, sobre todo, que ya en el siglo XVIII, al pleitear su hidalguía, esta familia presentara entre sus méritos el milagro de su esclava, mandando pintar la imagen de la Virgen de Gádor en su ejecutoria.

El fenómeno de milagros con moriscos ha trascendido al propio Reino de Granada, pues

conocemos el caso de una morisca granadina en la villa giennense de Cambil, que no fue el único, pues está en la línea de la creencia de cómo la sincera plegaria a la Virgen puede producir su milagrosa intercesión y la salvación del infiel. En otro nivel, puede interpretarse como una de las consecuencias explícitas del vigoroso contrarreformismo sacromontano: recuérdese la conversión del famoso musulmán Abenhatar, convertido por el Apóstol Santiago, que después de una fructífera vida evangelizadora sufrió martirio con el nombre de San Tesifón, varón apóstolico de la parentela de San Cecilio, que tuvo silla obispal en Berja, donde se venera como patrón. Tal vez no huelgue ahora reiterar que las *Actas martiriales*, que en tan gran medida sustentan este trabajo, se abren en portada con la imagen del Apóstol Santiago, ni traer aquí la firme convicción, en forma de palabra escrita (1752), del jesuita Pedro Murillo Velarde —notable erudito y viajero del siglo XVIII, natural de Laujar del Andarax—, en que “desde que se predicó la fe católica por Santiago y sus discípulos se conservó en Granada, aun en tiempo de los moros, como consta de las lecciones de San Cecilio, su patrono, en cuya iglesia continuó el culto y ejercicio de la religión aun cuando los moros poseían dicha ciudad”.

Llegados a este punto se impone una evidencia a modo de conclusión irrefutable, que todos los martirios, los antiguos y los modernos, es decir, los de aquella lejana época —lejana y fabulosa— de San Cecilio y los de las vísperas de la Navidad de 1568 se funden en un basamento ideológico sobre el que se sustenta la Iglesia de Granada y su Reino, en un programa “restaurador” efficacísimo —inspirado y sostenido con entusiasmo sin par, en primera instancia, por el inefable arzobispo Pedro de Castro— cuya perduración prácticamente hasta nuestros días no ha hecho sino confirmar. Pero, con la conclusión —una más entre otras, pues son muchos los temas implicados y bien diverso el rubro de los aportes documentales—, es inevitable abrir una interrogación, y es si bajo todo ello —pese a la crudeza de los muchos testimonios aducidos, que más parecen hablar de miserables medros sobre el montaje martirial que de otra cosa— no subyació, al menos en las mentes de los más nobles y lúcidos del bando de los vencedores, un propósito conciliador que superara el enorme trauma de una guerra brutal, aniquiladora, entre dos pueblos que, mal que bien, habían convivido durante mucho tiempo sobre un solar común.

BIBLIOGRAFÍA

- ANTOLÍNEZ DE BURGOS, Justino, *Historia eclesiástica de Granada*. Introducción, edición, notas e índices por Manuel Sotomayor, Granada, Universidad, 1996.
- BARRIOS AGUILERA, M., “El fin de la Granada islámica: una propuesta”, *XX Siglos*, 5 (Madrid, 1993), 71-84.
- BARRIOS AGUILERA, M., *Moriscos y repoblación. En las postrimerías de la Granada islámica*, Granada, Diputación, 1993.
- BARRIOS AGUILERA, M., “Un ensayo de revisión historiográfica de los martirios de las Alpujarras de 1568 (seguido de un apéndice documental, selección de las Actas de Ugíjar)”, inserto como estudio preliminar de la edición facsimilar de *Mártires de la Alpujarra...*, del P. HITOS, *cit. infra*. Granada, Universidad (col. *Archivum*), 1993, pp. VII-LXV.
- BARRIOS AGUILERA, M., “Historia, leyenda y mito en la Alpujarra: de la guerra de los moriscos a la repoblación viejo cristiana”, en GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (ed.), *Pensar la Alpujarra, cit. infra*, pp. 13-35.

- BARRIOS AGUILERA, M. y ANDÚJAR CASTILLO, F. (eds.), *Hombre y territorio en el Reino (1570-1630). Estudios de repoblación*, Almería, Instituto de Estudios Almerienses-Universidad de Granada, 1995 (contiene trabajos de B. Vincent —, J. García Latorre, M. M. Birriel, E. Soria, J. J. Bravo Caro, J. Castillo, V. Sánchez Ramos, A. Muñoz Buendía, J. P. Díaz, J. A. Luna, F. Andújar, además del ensayo-guía de M. Barrios, que abre el volumen).
- BARRIOS AGUILERA, M. y BIRRIEL SALCEDO, M. M., *La repoblación del Reino de Granada después de la expulsión de los moriscos. Fuentes y bibliografía para su estudio. Estado de la cuestión*, Granada, Universidad, 1986.
- BARRIOS AGUILERA, M. y SÁNCHEZ RAMOS, V., “La herencia martirial. La formación de la sociedad repobladora en el Reino de Granada tras la guerra de las Alpujarras”, *Hispania*, en prensa.
- BERMÚDEZ DE PEDRAZA, Francisco, *Historia eclesiástica. Principios y progressos de la ciudad, y religión católica de Granada...*, Granada, Universidad (facsimil en col. *Archivum* de la 1ª., Granada, Imprenta Real, 1638).
- BOUZA ÁLVAREZ, J. L., *Religiosidad contrarreformista y cultura simbólica del Barroco*, Madrid, C. S. I. C., 1990.
- BRISSET, D., *Fiestas de moros y cristianos en Granada*, Granada, Diputación, 1988.
- BUNES IBARRA, M. Á. de, “Las crónicas de cautivos y las vidas ejemplares en el enfrentamiento hispano-musulmán en la Edad Media”, *Hispania Sacra*, 91 (1993).
- BURÓN, C. (O. S. A.), “Los mártires agustinos de Huécija”, *Archivo Agustiniiano*, LXIV-182 (1980), 327-406.
- CABANELAS RODRÍGUEZ, D. (O. F. M.), *El morisco granadino Alonso del Castillo*, Granada, Patronato de la Alhambra y Generalife, 1991 (es reedición de la de 1965, con un estudio preliminar de Juan Martínez Ruiz).
- CABRILLANA CIÉZAR, N., *Almería morisca*, Granada, Universidad, 1982 (2ª. ed., 1989).
- CARDAILLAC, L., *Moriscos y cristianos. Un enfrentamiento polémico (1492-1640)*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1979.
- CARO BAROJA, J., *Los moriscos del Reino de Granada. Ensayo de historia social*, Madrid, Istmo, 1976 (1ª. ed., 1957).
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. y VINCENT, B., *Historia de los moriscos. Vida y tragedia de una minoría*, Madrid, Biblioteca de la Revista de Occidente, 1978 (2ª. ed., Alianza Ed., 1985).
- ESCOLANO, Diego de, *Memoria a la Reyna Nª. Sª. cerca de las muertes que en odio de la Fe y Religión Christiana dieron los Moriscos reuelados a los Christianos Viejos (y algunos nuevos) residentes en las Alpuxarras deste Reyno de Granada, en el Leuantamiento del año 1568...* Granada, Imprenta Real del Lic. Baltasar de Bolibar, 1671.
- FUENMAYOR, Antonio de, *Vida i hechos de Pio V, Pontífice Romano*, Madrid, Imp. de Luis Sánchez, 1595 (hay ed. en Valencia, Monfort, 1773).
- GALLEGO BURÍN, A. y GÁMIR SANDOVAL, A., *Los moriscos del Reino de Granada, según el Sínodo de Guadix de 1554*, Granada, Universidad, 1968 (hay ed. facsimil, con estudio preliminar de Bernard Vincent, en col. *Archivum* de la Universidad de Granada, 1996).
- GARRIDO ARANDA, A., “Papel de la Iglesia de Granada en la asimilación de la sociedad morisca”, *Anuario de Historia Moderna y Contemporánea*, 2-3 (Granada, 1975-1976), 69-103.

- GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (ed.), *Pensar la Alpujarra*, Granada, Diputación (Biblioteca de Etnología), Granada, 1996 (contiene trabajos de M. Barrios Aguilera, C. Trillo San José, J. del Pino Artacho, R. Baumann, F. Izquierdo, M. Guirao, M. Á. Martínez Medina, C. Lisón Tolosana, A. J. López López, M. S. Carrasco Urgoiti y J. A. González Alcantud).
- HEREDIA BARNUEVO, Diego Nicolás de, *Mystico Ramillete, Historico, Chronologyco, Panegyrico... El Ilmo. y V. Sr. Don Pedro de Castro, Vaca y Quiñones...*, Granada, Imprenta Real, 1741.
- HERRERA PUGA, P., *Grandeza y miseria en Andalucía. Testimonio de una encrucijada histórica (1578-1616)*, Granada, Facultad de Teología, 1981.
- LONGÁS, P., *La vida religiosa de los moriscos*, Granada, Universidad (col. *Archivum*), 1990 (es ed. facsímil de la original de 1915, con un estudio preliminar del P. Darío Cabanelas).
- HITOS, F. A. (S. J.), *Mártires de la Alpujarra en la rebelión de los moriscos (1568)*, Madrid, Apostolado de la Prensa, 1935 (reed. facsímil, 1993; *vid. supra*).
- HURTADO DE MENDOZA, Diego, *Guerra de Granada*. Edición, introducción y notas por Bernardo Blanco-González, Madrid, Castalia, 1970 (ed. príncipe, Lisboa, 1627).
- LEÓN, Padre Pedro de (*Vid. HERRERA PUGA, P.*).
- LINARES PALMA, J., (Pbro.), “La Fiesta de Moros y Cristianos es un hecho histórico perfectamente unido a la fiesta religiosa de los pueblos”, en *Actas del I Congreso Nacional de Fiestas de Moros y Cristianos* (Celebrado en Villena en 1974), Alicante, Caja de Ahorros, 1976, I, pp. 175-188.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, M., *Orden público y luchas agrarias en Andalucía. Granada, 1931-1936*, Madrid, Ediciones Libertarias, 1995.
- LÓPEZ MUÑOZ, M. L., “Estudio preliminar” de la edición facsímil de *Reliquias martiriales y Escudo del Sacro-Monte*, de Zótico ROYO CAMPOS, Granada, Universidad (col. *Archivum*), 1995, pp. VII-CIV.
- MÂLE, É., *El Barroco. Arte religioso del siglo XVII*, Madrid, 1985 (1ª. ed. fr., 1932).
- MÁRMOL CARVAJAL, Luis del, *Historia del rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1946 (ed. príncipe, Málaga, 1600).
- PÉREZ DE HITA, Ginés, *Guerras civiles de Granada. Parte Segunda*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1944 (ed. príncipe, Cuenca, 1619).
- PRADO, Padre Ventura del, *Vida, martirio y culto del ilustre mártir fray Marcos Criado*, Madrid, 1738.
- Sacramentum Mundi. Enciclopedia teológica*, Barcelona, Hélder, 1973.
- SÁNCHEZ RAMOS, V., *María Santísima de Gádor. Cuatrocientos años de historia mariana*, Almería, 1994.
- SÁNCHEZ RAMOS, V., “Los moriscos que ganaron la guerra”, *Mélanges Louis Cardaillac*, Zaghuan (Tunis), Ceromdi, 1995, II, pp. 613-627.
- SÁNCHEZ RAMOS, V.: “Toros y Frontera en la costa del Reino de Granada a mediados del Siglo XVII: el caso de Berja (Almería)”, en *Fêtes et divertissements*, París, Université de París-Sorbonne, 1997, pp. 57-71.
- TAPIA GARRIDO, J. Á., *Historia de la Baja Alpujarra*, Almería, Ayuntamientos de Adra, Berja, Dalías, El Ejido y Vícar-Instituto de Estudios Almerienses, 1989.
- TAPIA GARRIDO, J. Á., *Rebelión y guerra de los moriscos*, tomo X de *Historia General de Almería y su Provincia*, Almería, Caja de Ahorros, 1990.
- VINCENT, B., *Minorías y marginados en la España del siglo XVI*, Granada, Diputación, 1987.